

y más género

Arqueología del género en la arqueología europea: reflexiones y propuestas*

M. L. S. Sørensen

1. *¿Qué significa "una arqueología del género"?*

El interés de la arqueología en el estudio del género es hoy un área de investigación establecida, aunque se mantiene como un tema un tanto ambiguo, al mismo tiempo marginal y, sin embargo, de moda. En consecuencia, aunque se le reconoce una importancia fundamental, su investigación permanece en un espacio inseguro dentro de nuestra disciplina. Aún más, hasta ahora los estudios más vastos se han ocupado de temas contemporáneos, como las condiciones de trabajo y pertenencia a la profesión, o bien se han orientado al papel de la mujer en los periodos históricos más antiguos o en otras sociedades donde es posible la arqueología con ayuda de textos.

Lo anterior no significa que no pueda emprenderse una arqueología del género, ni que sea imposible iniciar estudios de género en el análisis del pasado remoto. Los avances y debates dentro de la arqueología del género han mostrado su potencial, pero también han revelado la complejidad de los temas. Claro está, existen otros aspectos en las sociedades del pasado, como la edad, el parentesco o el origen étnico, que son socialmente complejos y de difícil acceso a través de objetos materiales o acciones físicas; pero a estas alturas ya estamos acostumbrados a reconocer su complejidad y los aceptamos como parte rutinaria de nuestro compromiso con el pasado. El reconocimiento del género como un aspecto necesario en nuestra com-

* Lamentablemente el texto que llegó a nuestras manos no consigna ni los datos mínimos de quien lo escribió, ni de la persona que lo tradujo. Agradecemos cualquier información al respecto.

preensión de las sociedades pasadas es nuevo y con él ha surgido cierto grado de crítica, escepticismo y antagonismo, provocando que nuestra disciplina perciba de manera distinta los grados de dificultad implícitos cuando se interpreta esta dimensión en sociedades del pasado.

La arqueología del género se refiere a la inclusión explícita del género en el estudio de sociedades del pasado. Desde luego, en nuestra interpretación del pasado siempre se ha reconocido la existencia de mujeres y hombres en la prehistoria y rutinariamente se les han asignado diferentes papeles y se les ha asociado con distintos artefactos. Sin embargo, la primera vez que se identificó este aspecto de las sociedades prehistóricas como un objeto de análisis fue en la década de los ochenta, como consecuencia del movimiento de la mujer. Se sostenía que de manera sistemática se había excluido, borrado y hecho invisible a la mujer dentro de la arqueología, en las presentaciones y en las reconstrucciones del pasado, y que esto significaba que nuestra visión de la prehistoria era tendenciosa. Al mismo tiempo, se hizo hincapié en que el género es un constructo social, a diferencia de la determinación biológica del sexo. Aunque muchas de estas afirmaciones iniciales se moderaron después —como veremos más adelante— tuvieron una gran trascendencia pues desafiaron las ideas existentes acerca del hombre y la mujer, y su papel y condición respectivos en la prehistoria, y demostraron con firmeza que era necesario investigar estas relaciones, en vez de basarse en suposiciones estereotípicas. Es importante reconocer que, una vez establecido este principio, un área nueva de investigación —como era el caso del género— se convirtió en una variable, más que en un concepto absoluto. La agenda de esta investigación era relativamente fácil de establecer: la introducción crítica de la mujer en la prehistoria y también en la arqueología como profesión. El artículo de Conkey y Spector de 1984 puede considerarse fundamental en este proceso. El desarrollo posterior del marco teórico y de las herramientas conceptuales y analíticas ha representado un reto aún mayor.

Este campo recibe el nombre de arqueología del género o arqueología feminista. En ocasiones, estos términos se usan de manera indistinta, mientras que algunos estudios consideran que cada uno se refiere a diferencias explícitas en enfoques y en agendas políticas. También existe una tendencia de variación regional en su uso, con el término “arqueología del género”, cada vez más usado en Europa. En Australia se usa con frecuencia la palabra “feminista”, pero no necesariamente

implica una práctica de específica formación feminista. En Estados Unidos, por otro lado, la referencia a la arqueología feminista en contraposición a la arqueología del género, con frecuencia indica un uso explícito de la crítica feminista. Como este campo de la arqueología está adquiriendo paulatinamente cierto grado de madurez, es oportuno reconocer que se han desarrollado diferentes enfoques y que el mantenimiento de una distinción entre arqueología feminista y arqueología del género es útil para preservar una de las diferencias más básicas.

Así pues, debemos ver a la arqueología feminista como aquella influida directamente por la crítica feminista en particular, en lo que a ciencia y conocimientos se refiere. Tiene por objeto demostrar la presentación injusta e imprecisa de las mujeres y también mejorar la posición de las mujeres. Este objetivo significa que la arqueología feminista tiende a poner el acento en la mujer a través de medios que pueden compararse con una discriminación positiva. Pretende actualizar la historia de las mujeres, sin dejar de lado al hombre, sino dándole prioridad a la mujer y, al hacerlo, supone que las mujeres tienen ciertas cualidades y comportamientos característicos. Al orientarse hacia el cuestionamiento del control sobre las demandas de producción y validación de conocimientos, la arqueología feminista también se interesa tanto por la práctica de la arqueología como por la interpretación del pasado. Lo anterior ha dado origen a muchos análisis de las cuestiones de equidad y a algunos sobre epistemología y la naturaleza de la autoridad (por ejemplo, Wylie, 1991).

La arqueología del género, aunque resulta afectada de manera similar por los temas presentistas, muestra mayor interés por la relación entre hombres y mujeres como dinámica fundamental de la sociedad. Trata de entender cómo afecta esta relación a la sociedad, y cómo podría expresarse y negociarse. Como parte de un proyecto arqueológico, se interesa particularmente en cómo se expresan dichas relaciones en los objetos materiales.

Estas diferencias tienen muchas raíces, algunas se relacionan con la sociedad —en el sentido amplio— en la cual está inserta la práctica arqueológica y otras se derivan de la organización y mentalidad de la disciplina en sí. A causa de tales diferencias, en este trabajo nos centraremos en la arqueología del género tal y como se ha desarrollado y practicado en Europa.

Al hacer una revisión de la importancia e influencia de la arqueología del género, también sería provechoso considerar el doble carácter

de la misma: está de moda y, pese a ello, está marginada. En otra ocasión (Sørensen, 1992) he sostenido que la expectativa de que la arqueología del género debe producir un pasado feminista radical y claramente diferente ha sido una carga. La arqueología del género no necesariamente dará por resultado un pasado alternativo; su efecto será más bien lograr una mejor identificación de los problemas al identificar el pasado. Otro punto débil ha sido la orientación hacia la mujer en vez de hacia el género y los esfuerzos relacionados para identificar a las mujeres en los registros arqueológicos y evaluar de nuevo su papel de forma positiva confirmatoria. Sin embargo, estos aspectos de la arqueología del género, que ahora sugiero llamar puntos débiles o limitaciones, deben considerarse como una etapa esencial: fueron necesarios para que la arqueología del género encontrara su voz. Nuestra capacidad para descartar ahora dichas actitudes debe entenderse a la luz del desarrollo de un interés en el género más sofisticado en los territorios de la arqueología. Por consiguiente, al revisar el estado actual de la arqueología del género en Europa siempre se debe estar consciente de su historia.

¿Por qué debemos tener una arqueología del género?

Detrás de cualquier consideración acerca de la arqueología del género yace la interrogante básica: ¿por qué son importantes las relaciones de género y qué relevancia tienen para el entendimiento de la dinámica en el pasado? En la actualidad, una teoría del género se reconoce generalmente como una parte natural y necesaria de cualquier teoría de las relaciones sociales y la negociación de las relaciones entre los sexos se considera un punto central de la reproducción social. El género está profundamente arraigado en las formas particulares que toman las sociedades y proporciona una estructura esencial de significado. La apreciación del género como una construcción (Conkey y Spector, 1984:1) significa además que debe confirmarse y construirse de manera continua dentro de la sociedad (Moore, 1986) y en el caso de los individuos, debe obtenerse y mantenerse. "El género no se refiere sólo a hombres y mujeres, es el resultado de las maneras en que vivimos juntos y construimos un universo a nuestro alrededor y, a través de eso, el género es una parte inconsistente pero permanente de la historia y la vida" (Sørensen, 1986:17). De ahí que cualquier estudio de la sociedad y, en

particular, los estudios en los que se analiza el cambio social, deban incorporar el género. Percatarse de estas cualidades más que “hacer visible a la mujer” constituye la distinción esencial en los enfoques arqueológicos recientes sobre el género respecto de puntos de vista anteriores. Se rechaza de forma contundente los papeles de género “naturalizadores” establecidos en el siglo XIX, dando paso a un entendimiento totalmente nuevo de la cultura y la historia.

La organización de las relaciones de género se relaciona con la mayoría de los otros aspectos de los sistemas culturales del pasado y forma parte íntima de ellos. Por ende, parte de nuestra tarea consiste en “examinar los factores que influyen en la naturaleza de la relación entre mujeres y hombres, para evaluar las circunstancias en las que, como categorías independientes, ejercen poder e influencia, y para investigar las formas en que los arreglos de género afectan o estructuran las respuestas de grupos a las diversas condiciones en su entorno social o natural” (Conkey y Spector, 1984:19). Por otra parte, el género es una diferencia contextual y su investigación es esencial para la comprensión de textos particulares y trayectorias históricas. Es más, los individuos con género son agentes sociales y los resultados de sus acciones intervienen en la formación de la sociedad. No obstante, sus actividades reciben la influencia tanto de su identidad personal (yo soy una mujer y no debo hacer esto, sino esto otro) como de su identidad reconocida socialmente (las mujeres son así y hacen ciertas cosas). Estas distinciones entre la ideología y la identidad de género son importantes para entender la interacción continua entre el yo (*self*) y la sociedad, subyacente en el patrón normativo del comportamiento.

Las relaciones de género en el pasado constituyen problemas particulares o campos de interés, que no sólo ameritan sino que requieren sus propias teorías y metodologías. Debemos construir un marco para investigar desde una perspectiva arqueológica el género y las cuestiones relativas a él. Para ello no basta cuestionar suposiciones previas, por ejemplo, que los hombres son cazadores, o reemplazar una interpretación absoluta y estática por otra. Dichas suposiciones y universalidades deben debatirse; pero más allá del debate, los factores que estructuran las relaciones entre los grupos con diferente organización en cuanto al género deben analizarse, y la mediación y transformación de esas relaciones, investigarse.

Debe examinarse la contribución potencialmente distinta de la arqueología a dichos análisis. Por ejemplo, es de particular interés

analizar la manera en que la cultura material llega a formar parte de la estructura de las relaciones sociales. A fin de entender la organización del género como parte de la historia y de los procesos históricos, es esencial considerar las normas sociales, las instituciones y las relaciones, y rastrear la manera en que se han reproducido a través del tiempo. La cultura material ha desempeñado un papel especial en dicha reproducción puesto que los objetos vinculan generaciones y son fundamentales como mediadores de la tradición. A través de esos vínculos, la cultura material participa en la asignación de género a los individuos y en la presentación y preservación de las ideologías de identidad sexual, lo que significa que cada generación no inventa el mundo de nuevo, sino que se desarrollan las estructuras a largo plazo.

¿Qué abarca la arqueología del género?

En la actualidad, la arqueología del género abarca una variedad de temas analíticos que convendría clasificar de la siguiente forma: i) historiografía, ii) equidad, iii) desarrollos teóricos y metodológicos y iv) interpretación del género. Comentaré brevemente los primeros tres temas y luego abordaré con mayor detalle la interpretación del género mediante un análisis del papel de la cultura material en la construcción del género.

i) Historiografía y arqueología del género

La arqueología del género no ha dejado de estar consciente de su propio desarrollo y de sus raíces en las cuestiones sociales contemporáneas. Suele decirse que pasó por dos etapas en su historia (véase también Wylie, 1991). La primera se relaciona estrechamente con el movimiento de la mujer en general y en Europa se encuentra de modo más evidente en Gran Bretaña y en Escandinavia, mientras que la segunda, durante la cual los temas de interés se interiorizaron en la disciplina, se ocupa de manera más amplia, y con frecuencia también más crítica, del proceso de dotar de género al pasado y a nuestro compromiso profesional con este objetivo.

La primera etapa, inspirada por el movimiento de la mujer, se centró en la igualdad como demanda en el sentido literal y simbólico. Lo anterior condujo a un énfasis en la visibilidad y provocó el reemplazo del interés en el hombre por la mujer (por ejemplo, la mujer cazadora).

Se interesaba por los sesgos en la interpretación de las diferencias entre hombres y mujeres y por la justicia (cuestiones de equidad). Pero era más sencillo comprender y obtener la visibilidad de la mujer insistiendo en que se trataba de seres diferentes, independientes. El objetivo explícito era demostrar y exigir la presencia de las mujeres como mitad del mundo, singulares y distintas, mas no como compañeras en la complejidad social ni como seres individuales. La presencia colectiva de las mujeres no volvería a obstaculizarse ni a silenciarse, pero no se tenían en cuenta los detalles, las variaciones y los matices en las relaciones de género. Este manifiesto básicamente político resultó efectivo, pero debido a sus alusiones y asociaciones políticas también hizo que las estructuras establecidas vieran con recelo estas demandas y se marginó a la arqueología del género. De manera que desde su nacimiento, la arqueología del género fue revolucionaria desde el punto de vista político y social, pero teórica y analíticamente tendía a ser pasiva y casi reaccionaria en cuanto a las interpretaciones existentes, en vez de visionaria. Las premisas básicas aplicadas a la reflexión sobre el hombre y la mujer en el pasado no se estaban cambiando; sólo se cuestionó la asignación de papeles.

La segunda etapa se caracteriza por la problematización cada vez mayor de los conceptos usados y de las reflexiones sobre la naturaleza del conocimiento. Hoy en día, la arqueología del género declara que su objetivo es examinar las variaciones en las relaciones de género en la prehistoria, su generación y mantenimiento, así como su sitio en la dinámica social. Propongo que se añada a lo anterior examinar cómo interviene la cultura material tanto en la construcción como en la contemplación de las relaciones de género y, en particular, identificar cómo se inserta el género en los discursos materiales.

He sugerido en otras ocasiones que este desarrollo de una arqueología exploradora del género puede dar por resultado estudios del género cada vez menos marcados como una subdisciplina de la arqueología conforme se entretujan con todos los aspectos de la disciplina y se integran con sus teorías sociales (Sørensen, 1992). Lo anterior no niega la importancia de la arqueología del género en ninguna de sus múltiples expresiones, sino que más bien debe interpretarse como una señal de "mayoría de edad" y, en tal sentido, como un crecimiento positivo y necesario. Sin embargo, también debe reconocerse que este cambio de condición implica una apropiación y una legitimación por parte del *establishment*, lo que necesariamente modifica el reto de la arqueología del género.

ii) La cuestión de la equidad

El deseo y la demanda de visibilidad, incorporación y reconocimiento fueron temas de varios de los argumentos iniciales. Esto hace que las razones presentistas, más que la necesidad de entender a la sociedad, aparezcan como la motivación principal para poner atención en el género. Esto no debería ser así, pues nuestras razones para estudiar el pasado deberían ser mucho más amplias y más asentadas en el discurso que el mero provecho que podemos sacar de ello hoy. De lo anterior se desprenden, empero, cuestiones fundamentales acerca de la producción del conocimiento y de cómo se le está autorizando. Así pues, el interés en la equidad no es trivial; por el contrario, es fundamental para la naturaleza de la cultura disciplinaria. Sin embargo, también es importante que la limitación de esta agenda y nuestros motivos para emprender este tipo de investigación se evalúen de forma crítica. Por lo general, la equidad y la visibilidad se han estudiado típicamente de acuerdo con la composición social de la arqueología, es decir, quién consigue qué tipo de empleos y quién, por ende, decide cómo debe lucir el pasado. Asimismo, se ha dado cada vez mayor atención a la forma en que se presenta el conocimiento en los museos y a la identidad propia de la disciplina generada a través de sus historias formales y su imagen informalmente aceptada. Por otra parte, cada vez se reconoce más la importancia de las cuestiones del género para entender cómo se modela el registro arqueológico y cómo se evalúa el conocimiento. Estos temas son sustanciales como razones para la reflexión autocrítica dentro de la disciplina y como medio para comprender cómo debe entenderse el género.

Aunque éste ha sido un importante desarrollo, también ha introducido algunas prácticas de investigación limitantes en potencia. En primer lugar, estos enfoques reducen el asunto del género a una cuestión acerca de la presencia de las mujeres y, al mismo tiempo, se orientan a la visibilidad en términos de cantidad. Con esto, se pasa por alto que las mujeres no sólo son invisibles en términos de no ser presencias, sino que su invisibilidad es el resultado de la insignificancia que se les asignaba en cuanto al grado de compromiso interpretativo con su presencia o representación, ya fuera en datos, profesión o manifestaciones.

iii) Desarrollos teóricos y metodológicos recientes

Hoy en día se han asociado algunos conceptos y teorías sociales con la arqueología del género. Por desgracia, esto se ha hecho en gran medida

sin una evaluación crítica suficiente de esos conceptos y de su pertinencia dentro de la arqueología. Como resultado, con frecuencia no han adquirido una forma y un contenido apropiados para los campos en los que se están usando ahora. Esto significa que existen conceptos básicos, como “el género es un constructo social”, que no se han “traducido” apropiadamente en arqueología y que, sin embargo, siguen dictando qué busca la arqueología del género y cómo lo hace.

El desarrollo de conceptos teóricos centrales es un área nueva e importante de la investigación sobre el género. Se ha pensado que, en particular, urge investigar de nuevo el significado y la trascendencia de los términos centrales en lo que respecta a nuestra disciplina y a la forma en que pensamos y analizamos. Este proceso sigue en marcha (por ejemplo, Dommasness, 1996; Sofaer-Derevenski, en preparación).

Tal vez la propuesta básica y que ha causado cierta zozobra en la arqueología, es que el sexo y el género no son lo mismo. La identificación de problemas recientes, en especial sobre la potencial dimensión cultural del sexo y la sexualidad, que puede hallarse tanto dentro como fuera de la disciplina, ha complicado la cuestión aún más. Una premisa central para el desarrollo de la arqueología del género fue la propuesta de que, mientras el sexo puede ser en mayor o menor grado una característica biológica construida, el género es un constructo social. Tal distinción tiene varias implicaciones para la arqueología. Antes que nada, como constructo cultural, el género y con él la política, los papeles y las ideologías del género, dependen de los contextos particulares en los que se estén articulando y modelando. Así que el género se entiende como producto de la sociedad y las prácticas humanas, no como una parte de la dotación biológica. El género se transforma en un área de estudio. Forma parte integral e inseparable de otras relaciones sociales, además de vincularse con ellas, y no puede realizarse un análisis completo de la sociedad sin integrar sus relaciones y organización referentes al género. Semejante comprensión debería haber tenido una gran influencia en nuestro análisis de las sociedades prehistóricas. El que no haya originado un cambio sustancial en la percepción puede deberse en parte a que las implicaciones no se han reconocido por completo y a que su instrumentación para efectuar un análisis no ha quedado clara. En segundo lugar, el género se ha vuelto una identidad compuesta a través de prácticas, actitudes, significados, valores, estructuras que afectan pero que no tienen una forma o materia física en sí. De este modo, al arqueólogo se le presenta, por un lado, la propuesta de que el

género es cultura y, por el otro, tal parece que se le niega la capacidad para observarlo y analizarlo. En respuesta a este dilema, hemos vuelto al cuerpo sexuado y lo hemos asumido como representativo del género del individuo, o bien, se ha ignorado el problema.

Uno de los resultados problemáticos de este dilema es que el género fácilmente se reduce a algo que tiene que observarse a través de la persona sexuada individualmente o se iguala con los objetos asociados con dichas personas, en vez de reconocer que se expresa por medio de prácticas y se aprende a lo largo de la vida de cada individuo.

Esto también significa que la investigación se ha centrado en la cuestión de las diferencias entre el hombre y la mujer, en vez de reconocer las relaciones de género como un importante aspecto dinámico de sus interrelaciones y de la percepción y respuestas de la sociedad a sus diferencias.

Investigar con mayor profundidad la compleja relación entre sexo y género, en vez de darla por sentada o pasarla por alto, nos ayudaría a aprovechar muchos de los potenciales existentes dentro del registro arqueológico. Por ejemplo, en su búsqueda, Sofaer-Derevenski trata el cuerpo como cultura material al verlo como una manifestación de la vida con género de una persona y también examina la idea de que el género es un proceso que incluye la experiencia transformativa del crecimiento (Sofaer-Derevenski, en preparación). Estas reflexiones y su aplicación a los datos arqueológicos apenas han comenzado. A todas luces, otras propuestas o conceptos como la negociación del género, el simbolismo del género, la reflexión material del género, la relación entre el género y otros principios estructurantes como la edad y la clase, necesitan considerarse más antes de que lleguen a ser verdaderamente constructivos para nuestro análisis de sociedades pasadas. Tales estudios a fondo están empezando a surgir. Sin embargo, el punto básico, el hecho de que las relaciones de género participaron en la formación y el modelamiento de las sociedades en estudio, que influyeron en la toma de decisiones, que originaron prácticas y que eran susceptibles de cambiar, sigue siendo cierto y debe incorporarse a las maneras en que abordamos, analizamos y representamos al pasado.

iv) Interpretación del género

En líneas generales, las interpretaciones del pasado que tienen en cuenta el género realizadas en años recientes se caracterizan por estar centradas en las mujeres y reafirmar su papel e importancia (*enfoque que*

identifica el género), tales como investigar la existencia de herramientas en el periodo medieval o cuestionar la contribución de la mujer en la obtención de alimentos en las sociedades cazadoras y recolectoras. De modo alternativo, se ha empleado un *enfoque que incluye el género*, que analiza la forma en que las prácticas y actividades reflejadas por un conjunto arqueológico permiten insertar a la mujer en esos contextos debido a la dependencia mutua, la interacción y las interferencias entre actividades realizadas por diferentes miembros de una comunidad, mostrando que las relaciones de género se entremezclan con la vida práctica cotidiana (por ejemplo, Conkey, 1992; Sørensen, 1997).

Como considero que la cuestión de la materialidad del género es una de las áreas más prometedoras e importantes, me concentraré en ella en la última parte de esta ponencia.

Género y materialidad

La importancia y contribución de la arqueología para los estudios del género proviene tanto de su dimensión única del tiempo como de su entendimiento experto de la cultura material. Así, pese a las influencias obvias de las ciencias sociales en el desarrollo de la arqueología del género, este campo también posee un carácter independiente y, como tal, puede hacer una contribución única. Ahora bien, la liberación de este potencial depende del desarrollo de enfoques identificables al estudio del género basados en el análisis de cómo se expresa el género a través de objetos y acciones y con ellos. Por lo tanto, los estudios arqueológicos se ocuparán en gran medida del género como un efecto (en el sentido material y político) y un proceso, en vez de como una experiencia o un estado del ser (véase también Sofaer-Derevenski, en preparación).

En general, dentro de los estudios sobre el género se ha brindado una atención limitada a la investigación y el entendimiento de la dimensión material del género como una estructura activa y no meramente como relación reflexiva. Lo anterior contrasta de manera marcada tanto con el énfasis teórico en la dimensión simbólica del género como con sus consecuencias materiales. La laguna que se identifica es significativa porque indica que, en muchas ocasiones, se ha hecho caso omiso de los medios y materiales a través de los cuales se representa al género y se actúa sobre él.

La arqueología cuenta con la experiencia y los conocimientos para confirmar y consolidar los objetos materiales como una dimensión del discurso del género. En realidad, podría sostenerse que dentro de cualquier sociedad la importancia de la diferencia de género se vuelve más efectiva cuando influye en la redistribución y el acceso a varios recursos materiales. El género como sistema de ideas es significativo, pero se sienten sus efectos y adquiere una importancia crítica cuando la idea de diferencia también dicta su correspondencia con la asignación de ciertos derechos y la prohibición de otros. En su operación, el género usa objetos y acciones, y a través de esta articulación en el ámbito de lo material, las diferencias de género tienen un efecto realmente adverso. Así pues, en la construcción continua del género, los objetos tienen una función creativa, por lo que debe reconocerse que también ocupan una posición fundamental en la dinámica social (Arwill-Nordbladh, 1994:36).

No es raro observar o suponer el efecto material del género, pero pocas veces se investiga, no como efecto ni como constituyente de su construcción. Por eso se ha pasado por alto una dimensión significativa tanto para la comunicación como para la experiencia de la diferencia de género, y brillan por su ausencia en el análisis de la construcción y mantenimiento de las identidades y diferencias de género las formas en las que la acción práctica solidifica y le otorga realidades y consecuencias físicas a estas diferencias. Sugiero que la arqueología del género intente centralizar esta relación entre el objeto y las relaciones sociales e investigue explícitamente la materialidad del género.

El estudio del género también necesita conciliarse con la manera en que trabaja la arqueología y en que las sociedades pueden estudiarse mediante sus registros materiales. A fin de reconocer todos los potenciales que surgen de un compromiso "de género" con el pasado, la "cuestión del género" debe contextualizarse e insertarse en la mentalidad disciplinaria de la arqueología. Yo lo veo como una especie de traducción. Una buena traducción no sólo implica el intercambio de palabras, sino que debe corresponder al cambio de contexto. Considero que es necesario que la arqueología del género establezca su propia forma, independiente, de análisis, traduciendo las preocupaciones que emergen de otras ciencias sociales al lenguaje propio de un proyecto de arqueología del género. A mi modo de ver, los puntos centrales subyacentes en la arqueología del género son cómo debe estudiar la arqueología la construcción de individuos con género y, en parte, cómo puede

conciliarse la observación de las estructuras a largo plazo y la estabilidad con las nociones de discurso y negociación. Esto significa que debemos reconocer la cultura material como contextos o situaciones constituyentes a través de los cuales resulta afectado el género, pero también que esta relación puede asumir formas diferentes debido a la flexibilidad con que los objetos pueden examinarse. La cultura material, aun las áreas mundanas como el alimento, el vestido o las estructuras espaciales, constituyen dichos contextos, que pueden contribuir de varias formas a crear y expresar diferencias, pero también pueden crear una dependencia del desempeño repetitivo de la diferencia para seguir existiendo. La cultura material proporciona áreas de prácticas y recursos en los que podría llevarse a cabo la negociación del género. Aquí empezamos a tratar el vínculo entre el género y la materialidad, que le otorga al primero una existencia como realidad material con consecuencias en la vida real.

La naturaleza de los objetos

En análisis teóricos recientes, a menudo se ha comparado a los objetos con el texto. Esa asociación se ha hecho en la arqueología (por ejemplo, Hodder, 1986, 1989; Olsen, 1997; Tilley, 1990) y en otras disciplinas tales como la sociología o la lingüística (Ricoeur, 1971 según Hodder, 1989). No obstante, los objetos difieren de los textos, y aunque la metáfora textual ha sido importante para reconocer el papel discursivo y comunicativo de los objetos, reviste igual importancia reconocer sus diferencias y entender la manera en que dichos objetos permiten y afectan la expresión de cuestiones sociales (véase también Hodder, 1989). Obviamente, muchas de las cualidades específicas de los objetos son el resultado de su cualidad física. En primer lugar, esto significa que los objetos son evocadores: "buscan" propietarios, pueden pertenecer y su existencia física puede controlarse y alterarse. Los objetos pueden dividirse, compartirse o destruirse, pero también pueden ser duraderos. Fácilmente provocan la identificación, son afectivos y funcionan como ayuda para los recuerdos. Aprovechan la tradición y el reconocimiento y también pueden ser susceptibles de fetichismo. Asimismo, los objetos tienen dimensiones estéticas y producen respuestas y sensaciones.

El lenguaje del objeto es de niveles múltiples: sutil, universal y al mismo tiempo específico. Los objetos también crean vínculos y establecen conexiones. Pueden transgredir el tiempo y las estructuras, al conectar lo público y lo privado, o el pasado y el presente, o también pueden servir para romper esos vínculos. Los objetos intervienen en procesos de transferencia y se usan para operar con ellos. De hecho, la apropiación de objetos en la vida de la gente forma parte del proceso cultural de crear significados con cosas y a través de ellas.

Los objetos ofrecen puntos de convivencia comunitaria así como de partida, y la gente construye su identidad mediante relaciones objetales (Kirkham y Attfield, 1996:2, 10). Expresan relaciones temporales y recuerdos sociales, pues éstos ocurren y están organizados en respuesta a un mundo de cosas y palabras (Urry, 1996:50). "En la variabilidad misma de los objetos, en lo ordinario de su consumo y en la riqueza sensorial de las relaciones que la gente disfruta a través de ellos, son adecuados para volver a enmarcarlos más tarde como imágenes materiales para la reflexión y la remembranza" (Radley, 1990:57-8).

Un buen ejemplo del papel significativo que tienen los objetos en el manejo de las relaciones sociales es "el regalo". El objeto del regalo establece o reafirma los lazos simbólicos entre los individuos y "objetiva" las relaciones sociales. "Objetivar" las relaciones sociales se vuelve literalmente la función o el efecto de un regalo, que llega a representar, simbolizar y consolidar la relación. Se externaliza la relación, encarnada en forma física; se vuelve tangible, adquiere sustancia. De igual forma, la relación se vuelve "medible", se adorna con nociones de deuda, reciprocidad y equilibrio. El objeto en sí no puede resistirse a ser apropiado, a ser reinterpretado. Por lo tanto, al estar inserto en la sociedad, no es neutral, nunca es "puro", despojado de intenciones: está contaminado (Riegel, 1996:99-100). Está "hablado" en muchos niveles y se llena de significado (Sørensen, 1998). Puede usarse para fines de resistencia o de subversión, convirtiéndose en un medio de defensa estratégica (Kirkhan y Attfield, 1996). En conclusión, el objeto es social y puede producir nociones explícitas de significación y variación. Los objetos están inmersos en la producción de la diferencia, son *parthers* en la construcción del género, pues proporcionan mensajes contundentes, parcialmente sublimados, mensajes sobre importancia, contribución, papeles y efecto. Influyen en la manera en que nos vemos a nosotros mismos y en los derechos a los que suponemos tener acceso (Sørensen 1998).

Lo anterior explica por qué el proyecto de la arqueología del género, además de su programa de examen de las “variaciones en las relaciones de género en la prehistoria, su generación y mantenimiento, así como su lugar en la dinámica social” (Sørensen, 1992:31), debe ampliarse de modo que también se ocupe de identificar cómo y dónde se inserta el género en el discurso de lo material e investigue las consecuencias de su presencia. En este sentido, resulta útil pensar en la cultura material como un conjunto de recursos (cosas que se están necesitando, deseando y distribuyendo) en las etapas de producción y consumo. Estos recursos constantemente son objeto de varios tipos de distribución, aunque su organización puede reconocer de manera distinta la intervención del género y de otros principios sociales, y los puntos en que se llega a un acuerdo acerca de sus asignaciones pueden variar desde las prácticas de rutina hasta las estrategias discursivas o el conflicto abierto. El aspecto que cabe destacar es que la intervención de dichos recursos en la construcción de diferencias de género y la reacción ante éstas hace que estas diferencias sean tangibles y materiales y, por ende, les otorga una realidad física y efectos reales en la vida y las posibilidades de la gente.

La cultura material es al mismo tiempo activa y flexible, significativa pero no absoluta. El género, como estructura básica de las sociedades prehistóricas, habría explorado los objetos como medio para llegar a ser tangible y significativo para la gente en cuestión. Sin embargo, debido a su durabilidad y a su naturaleza evocadora, los objetos no se limitaban a reflejar las diferencias de género, sino que también intervenían desde el punto de vista discursivo en la creación y la (re)interpretación de la diferencia. Por otra parte, por su capacidad de transgresión, interconexión y simbolismo, los objetos habrían constituido uno de los mecanismos a través de los cuales las diferencias de género habrían podido permear la sociedad como un todo y mantenerse y recrearse con el paso del tiempo y los acontecimientos.

***La materialidad del género:
comunicación simbólica y desempeño práctico***

Después de considerar el carácter y las características de los objetos, ahora conviene considerar brevemente la manera en que esto se vincula con la relación entre el género y la cultura material y el modo en el

cual la afecta. Antes de desarrollar este tema, es importante volver a los argumentos anteriores acerca del género como una construcción negociada. El género existe como prácticas y normas discursivas y sólo adquiere realidad, formas y consecuencias conforme ciertas prácticas y normas se asocian con el cuerpo y otras materialidades. Ahora, esto debe aunarse a una apreciación de las capacidades comunicativas y las propiedades físicas del objeto. El objeto es un medio a través del cual puede operar el género. Hace "real" al género y le da consecuencias materiales. Dicho de otra forma, el género se actúa a través de los objetos y de sus actividades asociadas. No obstante, estas conexiones señalan la existencia de dos dimensiones del género distintas, si bien relacionadas y entrelazadas, en las que interviene el objeto: la comunicación y la práctica. Por ende, los objetos representan al género y lo afectan. En ambos casos, el papel del objeto es encarnar un código de diferencia y proporcionar un medio para su conocimiento y repetición.

Entender el género en términos de comunicar la capacidad de simbolización del objeto y analizar cómo adquiere significado son puntos de partida útiles. Esto es de particular importancia porque las frecuentes referencias a la dimensión simbólica del género rara vez se sostienen en una discusión que cuestione el significado del término "simbólico" y las formas que asume. Ciertamente, el significado simbólico emplea a los objetos como "recipiente", aprovechando su cualidad física. La comunicación simbólica funciona mediante prácticas repetitivas de asociación y a partir de la capacidad de los objetos de ser la expresión material de normas e ideas. Los objetos utilizados en relación con un conjunto de actividades pueden llegar a "significar" esas actividades y los contextos en que se realizan (Hodder, 1989:259). A través de prácticas repetitivas, un objeto puede convertirse en un símbolo del concepto abstracto, se vuelve una forma reificada conforme la experiencia repetitiva da origen a una interpretación de conexión entre elementos. Esto significa que un fenómeno de realidad material se convierte en un fenómeno de realidad ideológica; la cosa se convierte en un signo o un símbolo: se refiere a algo que está más allá de sí, y sus efectos trascienden el aspecto físico. Como símbolo, el objeto está imbuido de significado, pero en sí no posee un significado, pues ese objeto puede interpretarse de varias maneras, dependiendo del caso. Gracias a su capacidad única para establecer asociaciones y vínculos, dicho significado simbólico puede comunicarse ampliamente, trans-

grediendo contactos personales, y perdurando a través del tiempo. Además, al proporcionarle un cuerpo al significado, el objeto también contiene y afecta al significado. Por lo tanto los objetos y sus tecnologías constituyen una forma de mantener simbólicamente (y políticamente) ambientes culturales significativos. Considero que estas cualidades son clave para entender la duración de sistemas de género específicos más allá de los sucesos, contextos y vidas individuales.

Por lo tanto, los símbolos creados a partir de la asociación repetitiva entre forma y contexto pueden ser totalmente arbitrarios. Sin embargo, el significado simbólico también puede ser producto de la capacidad de los objetos para proporcionar una forma física a las visiones culturales de qué constituye lo femenino y lo masculino, como la asociación común entre fragilidad y feminidad. Asimismo, ciertas formas materiales ofrecen en sí mismas una asociación directa con el género y, por ende, pueden simbolizar el género a través de un conjunto diferente de asociaciones. Estos suelen ser elementos que hacen referencia directa a las diferencias y características sexuales de la gente, como los senos, la vulva o el pene. Utilizarlos como símbolos ubica el significado de género y/o sexo en su contexto de uso, a diferencia de la producción más extendida de asociación simbólica como resultado de una práctica repetitiva. Al mismo tiempo, independientemente de cómo se logre la dimensión simbólica, queda claro que la comunicación simbólica sobre el género, su diferencia, cualidades y evaluación se desarrolla a partir de prácticas sociales y, a su vez, proporciona información sobre ellas.

La arqueología está familiarizada con estas asociaciones porque es común hallar símbolos explícitos de género o sexo, y con frecuencia pueden inferirse prácticas de asociación recurrente. Esto último, por ejemplo, se observa cuando en un rito funerario se trata a los hombres y a las mujeres de manera muy distinta o cuando diferentes tipos de objetos son recurrentemente parciales en su asociación con el género. En la documentación arqueológica, también abundan los ejemplos de asociación exclusiva entre género y objetos particulares, como la ropa y los adornos, lo que ofrece muchas oportunidades no aprovechadas para investigar cómo se construía simbólicamente la diferencia de género y cómo se comunicaba entre distintas comunidades.

Se ha prestado poca atención al género como parte de la práctica, salvo con el interés de la diferenciación de tareas y la organización del trabajo. Esta dimensión de la materialización del género se refiere a como afecta éste la acción, lo que nos regresa a las cuestiones de derechos,

obligaciones y recursos. Es obvio que la arqueología del género debe examinar este aspecto de la conexión crítica entre el género y la cultura material. Debe investigar la inserción del género en la manipulación y el uso de objetos y en la acción práctica, teniendo en cuenta las características activas y únicas de los objetos materiales. Encontramos un punto de partida interesante para considerar esta dimensión en los argumentos de Butler (1993) acerca del género como *performance* y la posibilidad de aplicar esta idea al análisis de la cultura material.

Butler restringe su reflexión acerca del cuerpo como un *corpus* material, pero es interesante examinar su argumento central y las imágenes de repetición y prescripción que evocan los términos dentro de diferentes contextos materiales. A este respecto, puede ser útil considerar literalmente el *performance* como una puesta en escena de sucesos, como la representación de un guión (producido mediante codificación de género). El empleo de objetos dentro de esta actuación los convierte en una especie de sostenes que dirigen la acción en momentos cruciales y en parte memorizan etapas de un suceso. Por ejemplo, en la construcción de las tumbas de la Edad Temprana de Bronce en Dinamarca, puede identificarse la secuencia de construcción tal y como se efectuó y marcó mediante la colocación de objetos y la implicación de acciones particulares, como envolver el cuerpo en una piel de vaca (Sørensen, 1992). Cada vez se están estudiando más montajes secuenciales similares, mediante la desconstrucción de un contexto en una serie de sucesos significativos, en tumbas y cementerios de muchos periodos de la prehistoria europea (por ejemplo, Mizoguchi, 1992; Olivier, 1992) y la significación de dichas construcciones secuenciales en estrategias y estructuraciones sociales ha despertado una gran polémica (Barret, 1988; *Archeological Review from Cambridge*, vol. 11:1). Los objetos y las acciones identifican y memorizan fases en una representación y, además, como un importante efecto de repetición, concretan el código.

Otro aspecto del género como práctica es el grado en que dichas representaciones o desempeños llegan a relacionarse con la distribución del poder, incluyendo la creación y el mantenimiento de sistemas de género particulares. Una de las características específicas de los objetos es su capacidad para vincular y transgredir contextos. Esto significa que llegan a representar la tradición, a vincular acciones, significados, sucesos y gente del pasado con el presente. Esta cualidad, entre otras, le otorga a los objetos un papel potencialmente importante en la legitima-

ción del poder y del prestigio porque dichas estructuras suelen emplear la tradición y referirse a ella (Giddens, 1981).

Podría pensarse que el énfasis en la práctica y el poder es un eco del interés marxista por la ideología y la *praxis* y la distinción entre ellas. No obstante, los debates actuales de la ideología consideran que esta cuestión abarca más que el interés por el papel de la ideología en el mantenimiento de los grupos económicos, y la cuestión de los "intereses económicos" se reinterpreta en sí misma como que la economía y la política están muy entrelazadas. Por otro lado, el hecho de estar conscientes de la ideología y el poder puede hacer que concentremos nuestra atención en cuestiones referentes a la forma en que grupos de constitución particular o individuos pueden ser capaces de rechazar, resistir o manipular el significado de determinados objetos. Las relaciones de poder y la capacidad de los objetos tanto de simbolizar como de afectar la acumulación y el control del poder significa que el simbolismo de género de los objetos es negociable mediante la práctica. Por consiguiente, el significado de los objetos sólo puede abordarse mediante un cuidadoso análisis de cómo se constituye su asociación con el género, lo que anteriormente he llamado *fluidéz del significado* (Sørensen, 1992). En vista de lo anterior, pienso que esta naturaleza flexible de los objetos, su capacidad para ser instrumentos del poder, así como para sus símbolos, hace que la asociación entre género y cultura material sea tanto dinámica como crucial para el mantenimiento a largo plazo y la transformación y reinterpretación de los sistemas de género como una parte de la organización sociopolítica.

La contribución única (y el desafío) de la arqueología del género se comienza a manifestar como su capacidad para estudiar la cuestión de cómo y dónde ubicar la inserción de género en diversas prácticas sociales. Otro interés afín es cómo un objeto se convierte en un objeto con género. Como ya lo hemos dicho, un objeto, ya sea por sus características inherentes o por asociaciones repetitivas, puede adquirir género. No obstante, el significado de su género está sólo latente; para que se haga manifiesto, el objeto debe entrar en una relación interpretativa, lo que implica la introducción de un contexto.

Por último, permítanme subrayar una vez más que el género es una construcción: tiene que crearse y eso ocurre en un contexto. La naturaleza de dichos contextos varía en gran medida y debemos cerrarlos artificialmente con definiciones. Por ejemplo, el contexto puede ser un sitio, un momento o un suceso, pero también puede ser un conjunto o

un solo tipo, como “espadas” (Sørensen, 1992). Además, la codificación del género forma parte de los procesos mediante los cuales se construye el género y en nuestros estudios debemos evitar dar por sentado que los contextos u objetos en sí tienen género de modo automático y estático. Ahora bien, esto no significa un rechazo total de la existencia de ideas tradicionales de objetos con género, por ejemplo, que las espadas son masculinas y los adornos femeninos; más bien lo que se busca es el reconocimiento de su génesis y su condición contextuales. Puede identificarse la inclusión explícita de un objeto en los discursos del género a través de las prácticas asociadas con su uso.

La comprensión de la manera en que influyen las condiciones materiales en la evaluación y el reconocimiento del género es una contribución esencial al análisis teórico de la existencia de esta categoría. En sus consecuencias materiales, el género adquiere una realidad sustantiva. La significación, tanto simbólica como material, de dichas asociaciones entre género y objetos materiales aumenta aún más por la forma en la que suelen expresarse las nociones alternativas de género a través de usos subversivos de la cultura material que ponen en tela de juicio su asociación restringida con ciertas categorías de gente. De igual forma, la inversión sustancial en la supresión de dichas alternativas y el esfuerzo que se hace por mantener la forma material de sistemas particulares de género pone de manifiesto la importancia que adquieren estos objetos como expresión y representación de una convención. Cuando los objetos se vuelven artículos masculinos y femeninos, también se están asociando con ideas relativas a su uso apropiado y, por muy nimios y mundanos que parezcan tales objetos, al romper estos códigos suele producirse inquietud. Como una prueba más de la estrecha vinculación entre el género y los objetos, se ha afirmado que la mayoría de los artículos con código binario son aquellos cuyo uso subversivo perturba más el orden establecido (Kirkham y Attfield, 1996:4). Por ende, la expresión material del género, más que su reflejo, es un elemento activo en la construcción de diferencias que afecta la vida de la gente, la asignación de derechos y responsabilidades dentro de las comunidades, y la prueba y prescripción de las acciones apropiadas. Incluso podría decirse que el género tiene una significación limitada a menos que las diferencias que contiene se relacionen con las evaluaciones que afectan la asignación de recursos y, de ese modo, se conviertan en elementos influyentes del discurso social y político.

Se ha señalado en esta ponencia que un enfoque arqueológico esencialmente posterior al proceso que defiende la naturaleza activa y discursiva de las cosas materiales, es fundamental para la investigación del género y que, en particular, se requiere dicha perspectiva para el análisis de la construcción, el mantenimiento y la transformación del género. Así, se considera que la cualidad física de los objetos, lo que les otorga la capacidad de trascender la vida de los individuos y los límites de los sucesos, proporciona el ambiente material para la reproducción de la sociedad, incluyendo sus ideologías de género. Hasta el momento, en buena medida las ciencias sociales han pasado por alto este aspecto sobre el género y los potenciales únicos de la arqueología a este respecto y, con ello, han dejado de lado un elemento clave para los procesos con que las comunidades construyen un mundo con género en el cual vivir.

Bibliografía

- Archaeological Review from Cambridge*, vol. 11, 1. "In the Midst of Life".
- Arwill-Nordbladh, E., "Begriper vi begreppen? Om androcentrismen i nagra vanliga analytiska begrebb", *Meta. Medeltidsarkeologisk Tidskrift* 94, 1:35-47, 1994.
- Barret, J., "The living and the dead and the ancestors: neolithic and early Bronze Age mortuary practices", en J. Barret, e I. Kinnes eds., *The archaeology of context in the Neolithic and Bronze Age: recent trends*, University of Sheffield Press, Sheffield, pp. 30-41, 1988.
- Butler, J., *Bodies that Matter. On the Discursive Limits of Sex*, Routledge, Londres, 1993.
- Conkey, M. W., "Contexts of action, contexts for power: material culture and gender in the Magdalenian", en Gero, J. M. y Conkey M. W., eds., *Engendering Archaeology: Women and Prehistory*, Basil Blackwell, pp. 57-92, 1991.
- Conkey, M. W. y Spector, J., "Archaeology and the study of gender", *Advances in Archaeological Method and Theory* 7, pp. 1-38, 1984.
- Dommasnes, L. H., "Gender-a fruitful concept in archeology?", *K.A. N. Kvinner i Arkeologi i Norge* 21, pp. 3-12, 1996.
- Giddens, A., *A contemporary critique of historical materialism*, Macmillan, Londres, 1981.
- Hodder, I., *Reading the Past*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986.
- Hodder, I., "This is not an article of material culture as text", *Journal of Anthropological Archaeology* 8, pp. 250-69, 1989.

- Kirkham, P. y J. Attfield, "Introduction", en Kirkham ed., *The gendered object*, University of Manchester Press, Manchester, 1996.
- Mizoguchi, K., "An historiography of a linear barrow cemetery: a structuralist's point of view", *Archaeological Review from Cambridge*, vol. 11, 1:39-49, 1992.
- Moore, H. L., *Space, Text and Gender*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986.
- Olivier, L., "The tomb of Hochdorf (Baden.Württemberg): some comments on the nature of archaeological funerary material", *Archaeological Review from Cambridge*, vol. 11, 1:51-64.
- Olsen, B., *Fra Ting Tekts. Teoretiske perspektiv i arkeologist forskning*, Universitetsforlaget, Oslo, 1997.
- Radley A., "Artefacts, memory, and a sense of the past", en Middleton, D., y D. Edwards, eds., *Collective Remembering*, 1990.
- Riegel, H., "Into the heart of irony: ethnographic exhibitions and the politics of difference", en Macdonald, S., y G. Fyfe, eds., *Theorizing Museums*, pp. 83-104.
- Sofaer-Deverenski, J. (en proceso) "Gender archaeology as contextual archaeology: a critical examination of the tensions between method and theory in the archaeology of gender". Tesis doctoral, Cambridge University.
- Sørensen, M.L.S., "Is there a feminist contribution to archaeology?", *Archaeological Review from Cambridge* 7, 1: 9-20, 1988.
- Sørensen, M.L.S., "Gender archaeology and Scandinavian Bronze Age studies", *Norwegian Archaeological Review* 25, 1:31-49, 1992.
- Sørensen, M.L.S., "Reading dress: The construction of social categories and identities in Bronze Age Europe", *Journal of European Archaeology* 5, 1:93-114, 1997.
- Sørensen, M. L. S., "Archaeology, gender, and the museum", en N. Merriman ed., *Making Early Histories in Museums*, Leicester University Press, Leicester, 1998.
- Tilley, J., ed., *Reading Material Culture: Structuralism, Hermeneutics and Post-structuralism*, Basil Blackwell, 1990.
- Urry, J., "How societies remember the past", en S. Macdonald y G. Fyfe eds., *Theorizing Museums. Representing Identity and diversity in a changing world*, Blackwell, Oxford, pp. 45-68, 1996.
- Wylie, A., "Gender theory and the Archaeological Record. Why is there no Archaeological of Gender?", en Gero, J. M. y Conkey M. W., eds., *Engendering Archaeology: Women and Prehistory*, Basil Blackwell, pp. 31-54.